

EL CONJUNTO CERAMICO DE LA CALLE OBISPO ACUÑA DE ZAMORA

HORTENSIA LARRÉN IZQUIERDO - ARACELI TURINA GÓMEZ

INTRODUCCION

El conjunto de cerámicas que ahora se presenta, es producto de un *hallazgo casual* surgido al hacer las obras de cimentación del edificio sito en la C/ Obispo Acuña n.º 33 de Zamora. Al parecer, formaba parte de la colmatación de un «pozo» o «silo», desconociendo si todas las piezas, en el momento de ser extraídas, estaban enteras o, por el contrario, las que aparecen fragmentadas lo fueron de forma intencionada. Asimismo, tampoco tenemos la absoluta certeza de que este conjunto esté completo; es decir, es probable que existieran más piezas y, por descuido o desconocimiento, se rompieran o abandonaran.

En total contamos con diez piezas que, tipológicamente, se pueden adscribir a las formas: olla –una–, jarras –seis–, cántaros –dos– y una pieza incompleta de forma no identificada. De ellas, la olla es propiedad de D. Juan Muriel, mientras que el resto fueron recogidas por D. Angel Bariego, estando en su poder en la actualidad. Su presentación al público se hizo en la exposición «Civitas, MC Aniversario de la ciudad de Zamora» (Turina, 1993: 200-201), celebrada en Zamora en octubre de 1993. Desde aquí, queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a sus propietarios que han facilitado tanto su exhibición como su estudio.

Nuestro interés ahora es el de estudiar todo el conjunto, analizando los aspectos tecnológicos y su funcionalidad y, con ello, la posible variedad tipológica. De esta forma nos proponemos poner de manifiesto los nexos y diferencias que hay entre las piezas, al tiempo que intentamos imbricar las producciones que aquí se registran dentro de los hallazgos ya conocidos procedentes, tanto de la propia ciudad de Zamora, como de su ámbito de procedencia.

CONTEXTO HISTORICO Y ARQUEOLOGICO DE LOS HALLAZGOS

Escasas son las noticias que poseemos del entorno de los hallazgos. Algunas referencias de significado ambiguo, sin una localización excesivamente precisa y carentes, en cualquier caso, de ratificación científica, se suceden según se van produciendo intervenciones urbanísticas en la zona: Así, sabemos de la existencia de restos humanos –enterramientos?– y fragmentos cerámicos –entre ellos una posible pieza de telar, lanzadera o pesa de red de pescar hecha en arcilla micácea– y varias

sepulturas de tipo antropomorfo, –muy probablemente una necrópolis a juzgar por las informaciones recibidas– hallados al hacer los actuales Banco de España y Edificio de Usos Múltiples en el lugar conocido como «Prado Tuerto», y de donde procede un «cuchillo», depositado en el Museo de Zamora (Soler, 1993: 217; Civitas, 1993), aunque ninguno de los casos citados ha podido ser confirmado arqueológicamente.

Es cierto que esta zona se halla fuera del núcleo urbano medieval. Ni tan siquiera forma parte de los barrios o «collaciones» que, a partir del s. XII, van surgiendo fuera del recinto amurallado. Es un espacio dedicado en esos momentos a la explotación agrícola donde, la bonanza de las tierras bañadas por el río Duero, ofrecen mayor productividad. De hecho, las representaciones «parcelarias» de los planos históricos con los que contamos, hasta bien entrada la época moderna, así lo demuestran. Forman parte de las pequeñas propiedades aledañas al ámbito urbano, cuyos usufructuarios conviven con burgueses y artesanos y cuyas propiedades mantienen el nombre de «huertas».

Sin embargo, aún cuando las fuentes escritas no proporcionen excesiva información, éstas, acompañadas de distintos mapas y dibujos históricos, nos permiten entrever esa evolución «urbana», en la que incide de forma muy importante la fundación de distintos edificios de carácter religioso.

Nos servimos en este caso de las «reproducciones historicistas» de la ciudad que hacen, por un lado, Anton van der Wyngaerde en 1540 (Kagan, 1986), José Augier en 1756 (Civitas, 1993; lám. I) y M.^a Purificación Vasallo en 1818 (Gago, 1988: 97) en las que nos muestran el perfil de Zamora desde el Sur, es decir, desde el otro lado del Duero, así como los planos realizados en el siglo XIX por Francisco Coello (Madoz, 1845-50), concretamente en el año 1865.

Es curioso observar como, entre ellos, no existen grandes diferencias a nivel urbanístico, a excepción de los conjuntos monásticos que, en distintos momentos, surgen extramuros, debiendo citar este de San Benito, San Pablo, San Francisco y San Jerónimo. Sin duda, el momento de cambio importante surgirá más tarde cuando la expansión de la ciudad genere la llamada «arquitectura del ensanche» (Gago, 1988), momento éste en el que buena parte de estos conjuntos estarán arruinados o abandonados.

La zona que nos ocupa está definida, al menos desde el siglo XV, por dos edificios significativos: la *ermita de Santo Domingo del Vado* o *Nuestra Sra. de la Peña de Francia* –nombre éste con el que se le conoce en la actualidad– y el *Monasterio de San Benito*, ya arruinado y prácticamente desaparecido en 1865, según atestigua Coello en su conocido plano, en el que refleja la planta monástica y la leyenda «Convento arruinado» (fig. 1).

Poco sabemos de la fundación de la primera, que Antonio Piñuela describe: «Al oriente de la extensa huerta del monasterio de San Benito hay una antiquísima ermita en la que se venera una imagen de *Nuestra amorosa Madre* con el título de la *Peña de Francia...*», si bien el mismo cronista afirma «... que muchos años antes al 1540 existió esta capilla dedicada a Santo Domingo del Vado...», cuya advocación vendría dada por la custodia en ella de los restos del mártir Domingo Yáñez Serracino (ed. 1987: 209-210).

Si exceptuamos la inscripción sita sobre la puerta de entrada actual, datada en 1666, que fecharía la obra del porche hoy existente, la sencillez arquitectónica, la práctica inexistencia de elementos decorativos y las reformas sufridas, poco ayudan a su adscripción cronológica.

Respecto al monasterio de San Benito, «hijuela o dependencia del monasterio de Valladolid» según Piñuela (ed. 1987: 147-155), tuvo su origen en el monasterio de San Miguel del Burgo o Nuestra Sra. de la Cabaña, trasladando su nueva sede extramuros de la ciudad en 1464 (Sánchez Herrero, 1993:58), cuyo «abad, prior y monasterio de San Benito extramuros» de Zamora, recibe una renta de las «cucharas del pan» de cuatro mil maravedís (Canto; Carbajo y Moreta; 1991: 79). Poco más sabemos sobre este monasterio, pudiendo calcularle unos cuatrocientos años de vida en esta zona.

En lo que afecta a cuestiones arquitectónicas, a través de las reproducciones ya citadas (lám. I) podemos intuir un conjunto de importantes dimensiones, cuyo lado septentrional vendría delimitado por la iglesia –cubierta a dos aguas y con una torre de campanas no muy alta– y un amplio claustro en torno al cual se distribuyen las crujías monásticas, exceptuando el lado oriental que queda totalmente abierto. Asimismo, en su fachada sur, aparece representada una gran «logia», perfectamente orientada que, quizás, pueda identificarse con el «solarium». Por otro lado, una gran cerca de trazado irregular delimita las «huertas» hasta prácticamente el río. Estas, una vez desaparecido el monasterio como tal, quedarán divididas en pequeñas parcelas, denominándose la zona como «Huertas de las Pallas» y perdurando este topónimo hasta hoy en el conocido «paseo de las payas».

El análisis de estos datos nos lleva a decir que el conjunto cerámico debe ubicarse, aproximadamente, en el centro de la huerta monástica, lo que no significa que deba asociarse al citado monasterio. Por el contrario, es importante valorar las referencias ya citadas sobre los enterramientos y necrópolis que, muy posiblemente estén haciendo referencia a una ocupación del espacio en un momento anterior al siglo XIV. En este sentido, el análisis tipológico, tecnológico y formal de las piezas vendría a ratificar esta hipótesis, no reflejada en las fuentes escritas.

ESTUDIO DEL CONJUNTO

Descripción general

El conjunto llama la atención en primer lugar por la proporción de jarras aparecidas con respecto a las otras formas, y ello no es casual. Las jarras son piezas muy numerosas dentro del ajuar doméstico de un hogar medieval en contraposición a nuestros ajuares contemporáneos, pues además de su función primordial de contener líquidos, se utilizaban también para beber, transvasar y almacenar.

Al ser piezas corrientes de uso común, su factura es algo tosca y todas ellas presentan un tacto rugoso, excepto una pieza que ofrece un acabado alisado (a6, fig. 3). Formalmente, cinco jarras son muy semejantes entre sí, variando su tamaño y capacidad, la cual oscila entre un litro la más pequeña y dos litros las grandes. Todas

ellas poseen un característico cuello muy ancho, la mayoría de las veces estriado; el cuerpo es achatado con el fondo plano y portan una sola asa de cinta que inicia en el borde.

Estas jarritas están realizadas en pastas micáceas, es decir con una alta proporción de mica en la composición de la arcilla, están modeladas en un torno rápido y cocidas en un ambiente oxidante, proporcionándoles colores claros u ocres. Generalmente no llevan decoración, a excepción de una de ellas que tiene una simple banda realizada a peine. Sus características nos llevan a pensar que son producto de un mismo centro alfarero.

Algunas de las piezas presentan rasgos evidentes de haber sido quemadas una vez desechadas, ya que la quemazón recubre tanto las roturas como las superficies; sin embargo es muy probable que la olla haya estado expuesta al fuego para cocinar.

Tipología

Jarras

El primer grupo viene definido por un ejemplar que presenta en el fondo, por la parte exterior, una marca en relieve formado por un aspa inscrita en un círculo, proporcionando su presencia bastante seguridad en la adscripción cronológica (lám. II, 2). Como es sabido, estos «fondos marcados» son especialmente frecuentes en los yacimientos zamoranos y, especialmente en la propia ciudad, encontrando una distancia cuantitativa muy importante con los paralelos que se conocen en la Meseta, tales como León, Palencia, Segovia y Valladolid, así como algunas diferencias con los procedentes de Lluisia (Zaragoza) y la región francesa del Ródano fechados entre fines del siglo XI y el siglo XII. Dichas marcas parecen ser el resultado de levantar la pieza en un torno cuyo plato tiene una incisión con esta marca.

Un segundo grupo está formado por tres piezas que tienen el labio recto y redondeado, biselado al interior, que se diferencia del cuello mediante un baquetón poco pronunciado. El cuello es estriado, ancho, largo y recto y el cuerpo más bien achatado con la base plana. El asa de cinta surge del mismo borde y termina en la mitad superior del galbo (a2, a3, a4; fig. 2).

La jarra que se ha denominado a5 (fig. 2) es de dimensiones semejantes a la primera pero tiene ciertas características formales que nos llevan a incluirla en otro apartado. El borde es ligeramente exvasado con el labio apuntado al exterior y someramente biselado por el interior. El cuello es ancho y recto; carece de estriado exterior, pero tiene muy marcadas las huellas del torneado por el interior. El cuerpo, desprovisto de la gracialidad de los tipos anteriores, acaba en una base plana de fondo ligeramente rehundido.

La siguiente jarrita es de color gris y es mucho más esbelta que las anteriores. Aunque es también de pasta micácea, la cocción se ha producido en un ambiente reductor y por tanto su color es oscuro. La superficie exterior está alisada. El cuerpo y el cuello, exvasado, están bien diferenciados, el asa surge de debajo del borde

y se diferencia de las demás por la sección ovalada y llevar aplicadas unas gotas de arcilla como decoración.

a1) Jarra. Borde recto de labio redondeado, cuello ligeramente exvasado, con estrías gruesas y separadas, que avanzan hasta la parte superior del cuerpo. Tienen un asa de cinta que arranca del borde. Es de pasta micácea cocida en ambiente oxidante. Está quemada (fig. 2).

Ø borde: 11,5 cm., h: 15,4, Ø base: 9 cm., capacidad: 1.400 cl.

a2) Jarra. Pasta micácea con alguna intrusión de cuarzo de gran tamaño. Modelada en torno alto y cocida en ambiente oxidante. Restos de quemazón en el exterior, fundamentalmente en el cuerpo, tiene parte del borde ligeramente roto (fig. 2).

Ø borde: 13,2 cm., h: 19,6 cm., Ø base: 9,5 cm., capacidad: 2.100 cl.

a3) Jarra. Es exactamente igual a la anterior pero tiene parte del borde roto (fig. 2).

Ø borde: 13 cm., h: 19,5 cm., Ø base: 9,4 cm., capacidad: 2.100 cl.

a4) Jarra. Pasta micácea, cocida en ambiente reductor con postcocción oxidante lleva decoración a peine en la parte superior del galbo. Tiene huellas de fuego en la superficie exterior. Su capacidad es aproximadamente de 2 l (fig. 2).

Ø borde: 11,8 cm., h: 20,7 cm., Ø base: 9,5 cm.

a5) Jarrita pequeña. El color de la pasta no se ve al estar la pieza totalmente quemada (fig. 2).

Ø borde: 11 cm., h: 15 cm., Ø base: 9 cm., Capacidad: 1.000 cl.

a6) Jarrita incompleta que tiene una rotura antigua en parte del borde con la correspondiente pérdida del «pico vertedero» y una sola asa que sale de debajo del borde, con el cuello exvasado y labio simple redondeado. Pasta micácea muy decantada de color gris. Es más esbelta que el resto existiendo una gran diferenciación entre el cuello y cuerpo. Está realizada a torneta y tiene la superficie exterior alisada. Huellas de levantado de la pieza irregulares, Cocción reductora. Asa desplazada, mal enasada con incisión central en la parte inferior y dos botones. Tiene un quemazón circular de 2,90 cm. de diámetro en la mitad del cuerpo enfrentado al asa y una pequeña rotura en el borde del fondo (fig. 3).

Ø borde: 10,2 cm., h: 18 cm., Ø fondo: 8,5 cm.

Cántaros

El cántaro tiene una función primordial de transporte y almacenaje de líquidos. Este (a7, fig. 3) está realizado en pasta micácea de color ocre, con algunos desgrasantes de cuarzo de pequeño tamaño. El fondo es plano, el cuerpo gutiforme, el cuello bien desarrollado con molduras y el borde biselado al exterior. Lleva una sola asa de cinta, perdida en parte. Se puede fechar entorno al siglo XIII.

La pieza a9 (fig. 3), si bien carece de borde y cuello, podemos atribuirle, sin caer en grave error, a esta misma forma, puesto que el estrechamiento producido para formar el gollete es característico de los cántaros. Su capacidad es ligeramente inferior al anterior, y también son distintas ciertas características técnicas como la pasta sedimentaria de color rojizo y el acabado con juguete del mismo color.

El cántaro a7 (fig. 3) es de pasta micácea de color ocre con pequeñas intrusiones de cuarzo. Presenta un cuerpo gutiforme y fondo plano, cuello bien desarrollado con molduras y borde moldurado con bisel al exterior. Le falta el asa de cinta.

Ø borde: 10 cm., h: 30 cm., Ø base: 12,5 cm.

a9) Ø fondo: 11,5 cm.

Ollas

La única olla con la que contamos, es de tamaño pequeño, con características técnicas semejantes a las de las piezas anteriormente descritas (fig. 3). Tiene el borde ligeramente exvasado y el cuello corto y curvo, el cuerpo es globular y el fondo plano. El asa de cinta arranca directamente del labio. Se deformó durante la cocción y tiene dos orificios en el cuerpo, uno alargado y otro circular, que parecen realizados intencionadamente tras la cocción de la pieza, haciéndonos pensar que se utilizó con algún fin diferente al que estaba en principio destinada.

a10) Pasta parda con abundantes intrusiones muy finas de mica y caliza y algún cuarzo de pequeño tamaño. Las superficies exteriores son pardas, por el interior tiene manchas amarillas y de hollín y está quemada. Por el exterior está quemada en bastantes puntos. Cocción oxidante (fig. 3).

Forma sin identificar

Dentro del conjunto hay una pieza (a8, fig. 3) que carece de atributos suficientes como para poder asignarla a una forma concreta. Tiene la pasta roja de origen sedimentario y ha sido cocida en ambiente oxidante, además está realizada en un torno lento y tiene la superficie exterior del cuello bruñida con un instrumento romo. Tiene dos orificios en la base de 5 y 2 mm. respectivamente que parecen «recientes». A 7 cm. de la base a la mitad de la panza se observa una huella de unión de la pieza que puede indicar su ejecución en dos veces.

PARALELOS Y CRONOLOGIA

Estas piezas se corresponden con las formas más comunes en la Edad Media en Zamora, donde el ajuar cerámico estaba básicamente formado por formas cerradas, por lo que no es de extrañar que en el conjunto falten platos o cuencos que, no sólo serían menos numerosos, si no que debieron ser realizados en algún material perecedero que no ha llegado hasta nosotros. Un conjunto semejante, aunque más numeroso, apareció en el solar de Puerta Castillo en León. Las similitudes no se limitan únicamente a los aspectos formales de las piezas sino que también fueron halladas en un pozo formado por un vertedero de un alfar (Gutiérrez y Beneitez, 1989). Asimismo, son las jarras la forma más común, provistas también de cuellos estriados. Otras coincidencias son las asas con botones, las líneas bruñidas verticales y

una pieza acabada con un engobe rojizo. Difieren las facturas, en su mayor parte realizadas a torneta, y los tamaños de las jarras que proporcionan por lo general mayor capacidad. Son producto al parecer de un mismo taller, fechado en torno al siglo XII, si bien, como en nuestro caso, faltan elementos de datación estratigráfica.

Muy semejante formalmente es alguna de las piezas aparecidas en la calle San Juan de Dios n.º 3 de Valladolid (Santamaría y Villanueva, 1992), procedentes también de un pozo excavado en el sustrato geológico, que se encontraba sellado por echadizos de época bajomedieval, y que sus autores han fechado entre la segunda mitad del siglo X y el XII. Dentro de este lote encontramos paralelos para las jarras del segundo grupo, aunque en Valladolid el cuello no es estriado sino decorado con una simple incisión ondulada; también se encontró una pieza con el cuello decorado a base de un bruñido vertical e irregular que guarda gran parecido con nuestra a9.

La marca que presenta la jarrita a1) «cruz o aspa inscrita en círculo» es la que aparece con mayor frecuencia en la provincia de Zamora. En la propia ciudad, además de ésta que ahora presentamos, ya había sido documentada en el solar excavado en la Plaza de Arias Gonzalo, en el seguimiento del atrio de la Catedral y en el solar de la Rúa de los Notarios, pero además hay ejemplares procedentes de yacimientos zamoranos de Villafáfila, Castropepe y Castroverde de Campos, así como en León, Palencia, Valladolid, Segovia y Cantabria (Larrén, 1991, p. 177). Pero a pesar de tan amplia representación geográfica pocas veces aparece asociada a una forma determinada, e incluso podríamos llegar a decir que había indicios que nos llevaban a asociarla, como otros tipos de marcas, única y exclusivamente a ollas. La presencia de uno de estos fondos marcados en una jarrita nos abre nuevas perspectivas en lo que se refiere a estas marcas. En todos los lugares antes citados se están fechando este tipo de fondos entre mediados del siglo XI y el siglo XII.

Para el cántaro hallamos paralelos entre las cerámicas pleno medievales procedentes del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid, donde apareció una cántara de borde y cuello moldurado semejante a la a7), pero de proporciones algo mayores (Fernández Nanclares y otros, 1991), asociada también a un cuello de una pieza con un bruñido irregular. Estas piezas, procedentes del alcázar que precedió al monasterio benedictino, se fechan en torno al siglo XIII.

La jarrita a6 y la olla tienen en común ese baquetón que marca la diferencia entre el cuello y el cuerpo. Pero no es fácil hallar paralelos próximos para ellas. La olla tiene cierto parecido con piezas procedentes de Apardues en Navarra (Josué, 1988). Los dos orificios que presenta nos indican que sirvió para otro uso distinto del fin para el que había sido creada. Diversos autores se han pronunciado sobre las posibles reutilizaciones de las piezas que presentan orificios en sus paredes con opiniones distintas. Así, Marina Chinchilla (1986), en el estudio que realiza sobre un lote de cerámicas islámicas, mantiene la tesis de que estos orificios se producían con el fin de inutilizar la pieza definitivamente.

Pero no parece ser éste el caso de nuestra olla, a la que intencionadamente se le ha hecho una abertura longitudinal y oblicua que parece indicar una función muy concreta. José Luis Mingote (1993), además de definir ciertos usos agrícolas para piezas perforadas en el fondo y señalar que a veces las perforaciones van asociadas

a deformaciones en la pieza, cita otras fuentes escritas donde se habla de perforaciones en cerámica para usos mágicos, como sistema de medidas y para fabricación de productos lácteos. Pensamos que el uso de nuestra pieza, por el lugar donde tiene situados los orificios, se acerca más a alguno de estos últimos, sin que nos atrevamos por el momento a decidir cuál.

Como se ha dicho anteriormente el lote de cerámicas apareció en lo que formaría la zona de huerta del Monasterio de San Benito, sin que por ello esté necesariamente relacionado con él. Por desgracia no poseemos ningún dato estratigráfico que nos permita situar cronológicamente el conjunto y determinar que, sin lugar a dudas, pertenece a un momento anterior a la ubicación del monasterio en la zona en la segunda mitad del siglo XV, pero sus relaciones formales y tecnológicas con otras piezas cercanas geográficamente nos permite fecharlo entre el siglo XII y XIII.

BIBLIOGRAFIA

- CANTO, C. del; CARBAJO, V. A. y MORETA, S. (1991): *Ordenanzas municipales de Zamora. Siglos XV y XVI*. Diputación de Zamora. Zamora.
- CIVITAS, MC *Aniversario de la ciudad de Zamora*. Catálogo de la exposición. Zamora, Octubre 1993.
- CHINCHILLA GOMEZ, M. (1986): «Jarras omeyas inutilizadas intencionadamente». *Actas I Congreso de Arqueología Medieval Española*, T. IV (Huesa, 1985), pp. 283-300.
- FERNANDEZ NANCLARES, A. y otros (1991) Monasterio de San Benito el Real de Valladolid: Producciones cerámicas plenomedievales. *Arqueología urbana en Valladolid*. Valladolid.
- GAGO VAQUERO, J. L. (1988): *La arquitectura y los arquitectos del ensanche. Zamora, 1920-1950*. Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo». Zamora.
- GUTIERREZ, J. A. y BENEITEZ, C. (1989) La cerámica medieval en León. *La cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio*. León.
- JOSUÉ, C. (1988) *Poblamiento rural de Navarra en la Edad Media. Bases arqueológicas. Valle de Urraul Bajo*. Pamplona.
- KAGAN, R. L. (1986): *Las ciudades del Siglo de Oro. Vistas españolas de Anton van der Wyngaerden*. Ediciones El Viso. Madrid.
- LARREN IZQUIERDO, H. (1992): «Hallazgos cerámicos de la ciudad de Toro (II)». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»*, pp. 163-174.
- LARREN IZQUIERDO H. (1992): «Fondos marcados de la provincia de Zamora», *Boletín de la Asociación Española de Arqueología*. Madrid, pp. 167-179.
- MADOZ, P. (1845-1850): *Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Voz: Zamora y plano F. Coello. Zamora (1855). Ed. Ambito, Valladolid, 1984.
- MINGOTE CALDERON, J. L. (1993): «La necesidad de una visión etnológica en los estudios arqueológicos. El mundo agrícola». *Actas IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, T. I, pp. 57-84.
- PIÑUELA XIMENEZ, A. (ed. 1987): *Descripción histórica de la ciudad de Zamora, su provincia y Obispado*. Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», Zamora.
- ROMERO, M.^a V.; ROMERO, F. y MARCOS, G. J. (1993): «Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica» en *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

- SANTAMARIA, J. E. y VILLANUEVA, O. (1992): *Un lote cerámico de época medieval procedente del solar n.º 3 de la calle San Juan de Dios de Valladolid*. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, LVIII.
- SANCHEZ HERRERO, J. (1993): «Las instituciones eclesiásticas de la diócesis de Zamora durante la Edad Media. Siglos VII al XV». *CIVITAS...*, pp. 52-63.
- TURINA GOMEZ, A. (1993): «Ficha 102. Conjunto cerámico» en *CIVITAS...*, pp. 200-201.
- TURINA GOMEZ, A. (1994): *La cerámica de época medieval y moderna de Zamora*. Zamora. Junta de Castilla y León –Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»



Figura 1.

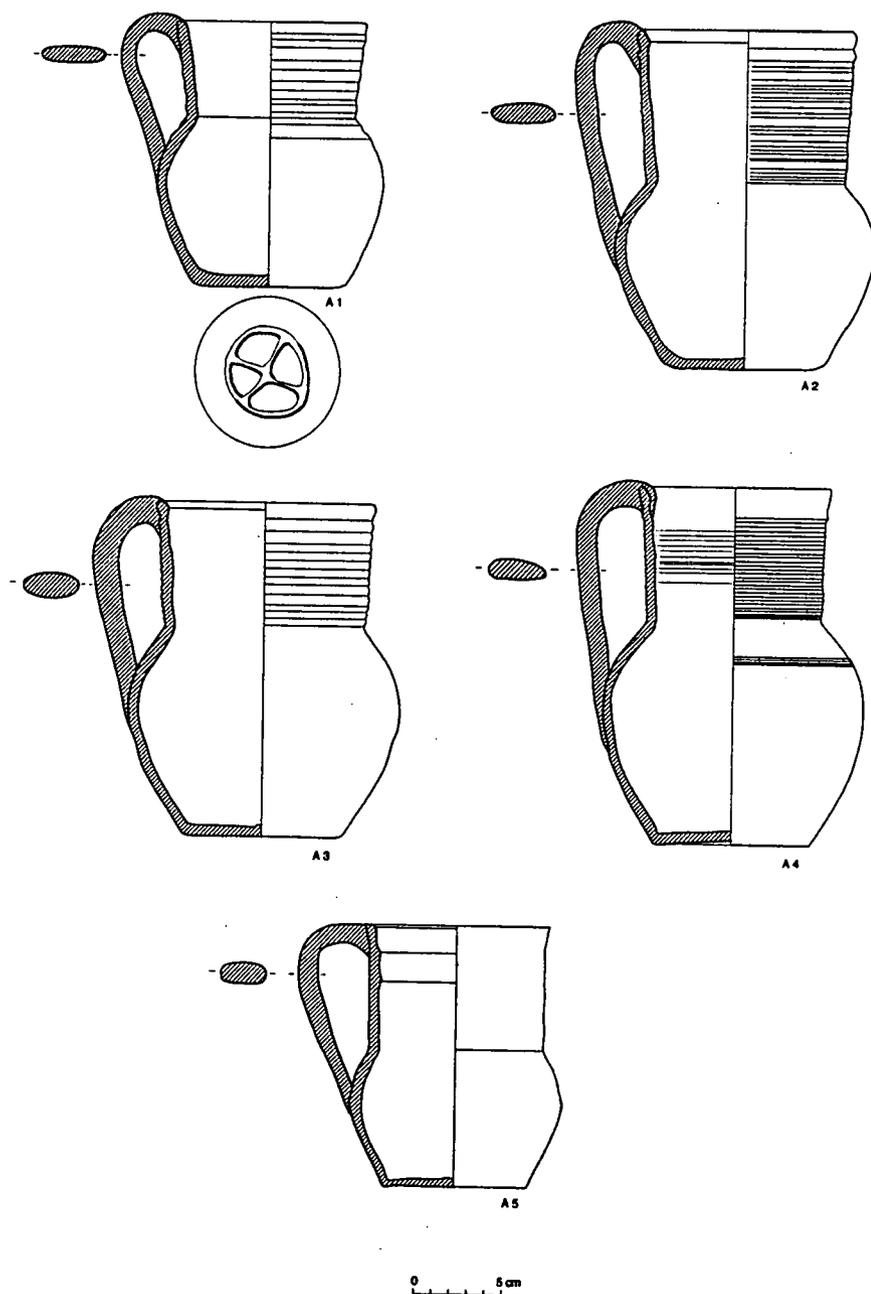
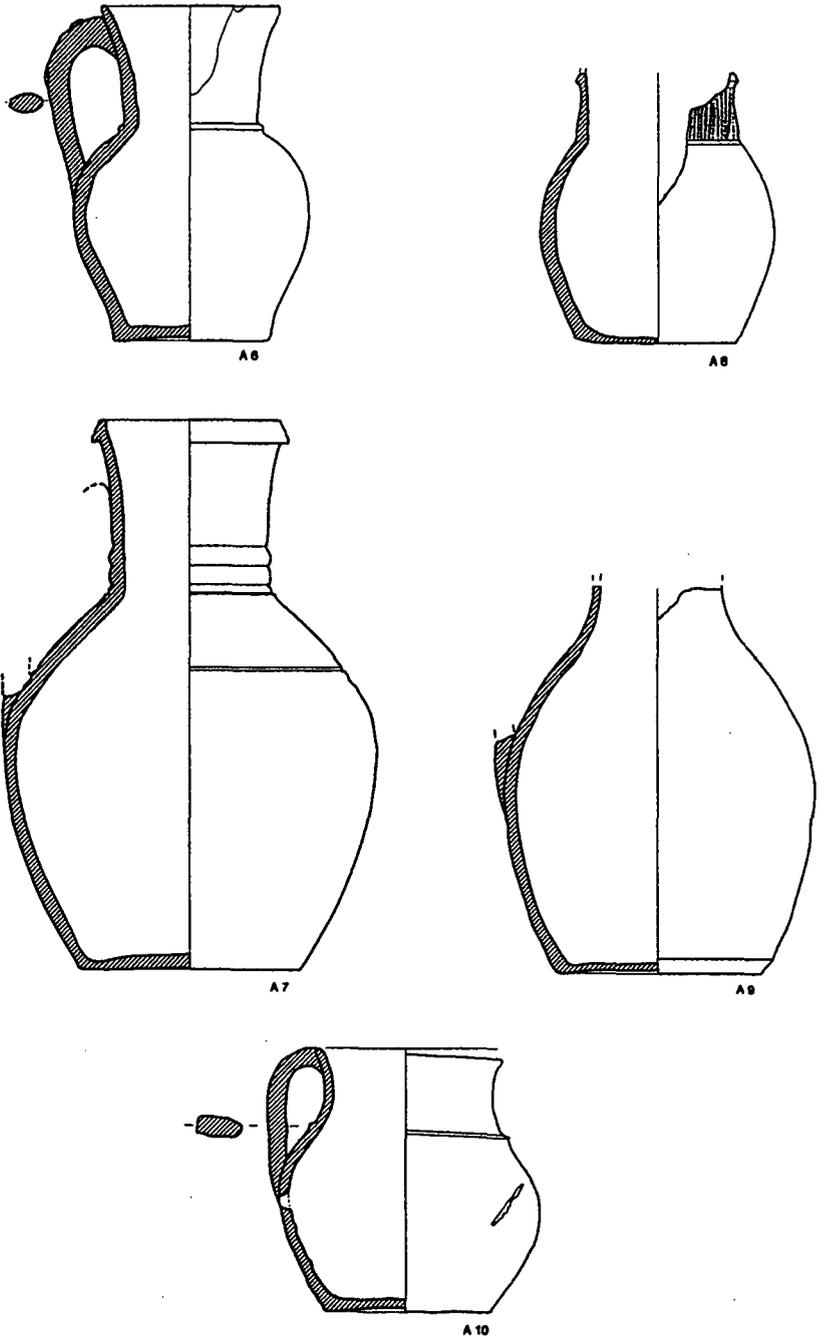


Figura 2.



0 5 cm

Figura 3.



VIEJA, ES LA RESIDENCIA DE LOS EX. CAPITANES G. YLI. S. ORISPOS YNTENDENTES Y.

S.

1756

la Puerta de las Ollas.

la Puerta de San Juan.

la Parroquia de S. Juan de la Puerta.

la Parroquia de S. Clara.

la Puerta Principal del Puente.

la Puerta de la Casaca de San Juan.

la Puerta y capilla de S. Felipe.

la Puerta de S. Juan de los Rios.

la Parroquia de S. Juan de la Puerta.

la Parroquia de S. Juan de la Puerta.

la Casa de la Ciudad.

la Parroquia de S. Juan de los Rios.

la Puerta de la Compañia.

la Puerta de S. Felipe.

la Parroquia de S. Juan de los Rios.

la Puerta de S. Juan de los Rios.

LAMINA II

